

§ FRAY
LUIS de
LEÓN ●
LIRAS

800 años
800 AÑOS
UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

FRAY LUIS DE LEÓN

LIRAS



800 AÑOS

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



FRAY LUIS DE LEÓN

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruído,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no lo enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado;
si, en busca deste viento,
ando desalentado,
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!,
roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza, o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves,
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo;
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso rüido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían,
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste; y la vajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserablemente
se están los otros abrasando
con sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado
del plectro sabiamente meneado.

A FRANCISCO SALINAS

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música estremada,
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora:
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

[Ve cómo el gran Maestro,
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado,
con que este eterno templo es sustentado.]

Y como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta;
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh, suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a los demás adormecidos!

CANCIÓN EN EL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES

Inspira nuevo canto,
Calíope, en mi pecho aqueste día,
que de los Borjas canto,
y Enríquez, la alegría
del rico don que el cielo les invía.

Hermoso sol luciente,
que el día das y llevas, rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado,
sal ya, verás nacido tu traslado.

O, si te place agora
en la región contraria hacer manida,
detente allá en buen hora,
que con la luz nacida
podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada:
cuando veniste al suelo,
robaste de pasada
la celestial riquísima morada.

Díeronte bien sin cuento,
con voluntad concorde y amorosa,
quien rige el movimiento
sexto con la diosa,
de la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
el envidioso viejo mal pagado
torció el paso y la cara,
y el fiero Marte airado
el camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo
que, tus pasos guiando, descendía
contigo al bajo polo,
la cítara hería
y con divino canto así decía:

«Deciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso,
que en el ilustre seno

está ya deseoso
por dar a tu valor digno reposo.
Él te dará la gloria
que en el terreno cerco es más tenida;
de agüelos larga historia,
por quien la no hundida.
Nave, por quien la España fue regida.

Tú dale, en cambio desto,
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,
claro saber, fe llena de pureza.

En su rostro se vean
de tu beldad sin par vivas señales;
los sus dos ojos sean
dos luces celestiales,
que guíen al sumo bien a los mortales.

El cuerpo delicado,
como cristal lucido y transparente,
tu gracia y bien sagrado,
tu luz, tu continente,
a sus dichosos siglos represente.

La soberana agüela,
dechado de virtud y hermosura;
la tía, de quien vuela
la fama, en quien la dura
muerte mostró lo poco que el bien dura,
con todas cuantas precio
de gracia y de belleza hayan tenido,
serán por ti en desprecio
y puestas en olvido,
cual hace la verdad con lo fingido.

¡Ay tristes! ¡Ay dichosos
los ojos que te vieren! huyan luego,
si fueren poderosos,
antes que prenda el fuego,
contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

Ilustre y tierna planta,
gozo del claro tronco y generoso,
creciendo, te levanta
a estado el más dichoso
de cuantos dio ya el cielo venturoso».

A FELIPE RUIZ [I]

De la avaricia

En vano el mar fatiga
la vela portuguesa: que ni el seno
de Persia, ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
esmeralda provecho;
que más tuerce la cara
cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
la vida, y no la sed, quitó el bebido
tesoro persiano;
y Tántalo, metido
en medio de las aguas, afligido
de sed está; y más dura
la suerte es del mezquino, que sin tasa
se cansa a sí, y endurece
el oro, y la mar pasa
osado, y no osa abrir la mano escasa.

¿Qué vale el no tocado
tesoro, si corrompe el dulce sueño;
si estrecha el nudo dado,
si más enturbia el ceño,
y deja en la riqueza pobre al dueño?

PROFECÍA DEL TAJO

Folgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigo.
El río sacó fuera
el pecho y le habló desta manera:
«-En mal punto te goces,
injusto forzador; que ya el sonido
y las amargas voces,
y ya siento el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay, esa tu alegría
qué llantos acarrea!, y esa hermosa,
que vio el sol en mal día,
a España ¡ay cuán llorosa!,
y al cetro de los Godos ¡cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamiento, fieros males,
entre tus brazos cierras;
trabajos inmortales
a ti y a tus vasallos naturales:
a los que en Constantina
rompen el fértil suelo, a los que baña
el Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitania:
a toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
el injuriado Conde, a la venganza
atento y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tardanza.

Oye que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en África convoca
el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande,
el árabe cruel, y hiere el viento,
llamando a la pelea;
inmuerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
debajo de la velas desaparece
la mar, la voz al cielo
confusa y varia crece,
el polvo roba el día y le escurece.

¡Ay!, que ya presurosos
suben las largas naves; ¡ay!, que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
las mares espumosas por do hienden.

El Éolo derecho
hinche la vela en popa, y larga entrada
por **Hercúleo Estrecho**
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da a la armada.

¡Ay triste! ¿Y aún te tiene
el maldulce regazo? ¿Ni llamado
al mal que sobreviene,
no acorres? Ocupado,
no ves ya el puerto a **Hércules sagrado?**

Acude, corre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.

¡Ay, cuánto de fatiga,
ay, cuánto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
a hombres y a caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
¡cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
cinco luce las haces desordena,
igual a cada parte;
la sesta, ¡ay!, te condena,
¡oh cara patria!, a bárbara cadena».

NOCHE SERENA

A Diego Loarte

Cuando contemplo el cielo,
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,
el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Loarte, y digo al fin con voz doliente:
«-Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y, con paso callado,
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.
¡Ay, despertad, mortales!
¡Mirad con atención en vuestro daño!
Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
¿podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay, levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera!
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado

con ese gran trasunto,
 do vive mejorado
 lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
 Quien mira el gran concierto
 de aquestos resplandores eternals,
 su movimiento cierto,
 sus pasos desiguales
 y en proporción concorde tan iguales;
 la luna cómo mueve
 la plateada rueda, y va en pos della
 la luz do el saber llueve;
 y la graciosa estrella
 de amor la sigue reluciente y bella;
 y cómo otro camino
 prosigue el sanguinoso Marte airado,
 y el Júpiter benino,
 de bienes mil cercado,
 serena el cielo con su rayo amado;
 rodéase en la cumbre
 Saturno, padre de los siglos de oro;
 tras él la muchedumbre
 del reluciente coro
 su luz va repartiendo y su tesoro:
 ¿quién es el que esto mira
 y precia la bajeza de la tierra,
 y no gime y suspira,
 y rompe lo que encierra
 el alma, y destes bienes la destierra?
 Aquí vive el contento;
 aquí reina la paz; aquí, asentado
 en rico y alto asiento,
 está el Amor sagrado,
 de glorias y delcites rodeado.
 Inmensa hermosura
 aquí se muestra toda, y resplandece
 clarísima luz pura,
 que jamás anochece;
 eterna primavera aquí florece.
 ¡Oh campos verdaderos!
 ¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
 ¡Riquísimos mineros!
 ¡Oh delcitosos senos!
 ¡Repuestos valles de mil bienes llenos!»

LA SERENAS

A Querinto

No te engañe el dorado
vaso; ni de la puesta al bebedero
sabrosa miel, cebado,
dentro el pecho ligero,
Querinto, no traspases el postrero
asensio. Ten dudosa
la mano liberal; que esa azucena,
esa purpúrea rosa,
que el sentido enajena,
tocada, pasa al alma y la envenena.

Retira el pic, que asconde
sierpe mortal el prado, aunque florido;
los ojos roba. A donde
aplace más, metido
el peligroso lazo está, y tendido.

Pasó tu primavera;
ya la madura edad te pide el fruto
de gloria verdadera;
¡ay! pon del cieno bruto
los pasos en lugar firme y enjuto,
antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
con copa ponzoñosa
el alma transformada,
te ajunte, nueva fiera, a su manada.

No es dado al que allí asienta,
si ya el cielo dichoso no le mira,
huir la torpe afrenta;
o arde oso en ira,
o, hecho jabalí, gime y suspira.

No fíes en viveza:
atiende al sabio rey Solimitano;
no vale fortaleza:
que al vencedor Gazano
condujo al triste fin femenil mano.

Imita al alto griego,
que, sabio, no aplicó la noble antena
al enemigo ruego
de la blanda Serena,
por do por siglos mil su fama suena.

Decía, conmoviendo
el aire en dulce son: «—La vela inclina,
que, del viento huyendo,
por los mares camina,
Ulises, de los griegos luz divina;
allega y da reposo
al inmortal cuidado, y entretanto
conocerás curioso
mil historias que canto:
que todo navegante hace otro tanto.

[Todos de su camino
tuercen a nuestra voz y, satisfecho
con el cantar divino
el deseoso pecho,
a sus tierras se van con más provecho.]

Que todo lo sabemos
cuanto contiene el suelo, y la reñida
guerra te cantaremos
de Troya, y su caída,
por Grecia y por los dioses destruida.»

Ansí falsa cantaba
ardiendo en crueldad; mas él, prudente,
a la voz atajaba
el camino en su gente
con la aplicada cera sabiamente.

Si a ti se presentare,
los ojos, sabio, cierra; firme atapa
la oreja, si llamare;
si prendiere la capa,
huye; que solo aquel que huye escapa.

A FELIPE RUIZ [II]

¿Cuándo será que pueda
libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
colunas, do la tierra está fundada;
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra;
por qué las hondas mares se embravecen,
do sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del océano y descrecen.

De dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se enegrece,
sopla el gallego insano
y sube hasta el cielo el polvo vano;
y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente;
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente;
la lluvia baña el techo;
invían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.
Y de allí levantado,
veré los movimietos celestiales,
así el arrebatado,
como los naturales;
las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas
de bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
quién en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento,
en la más alta esfera, las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

Recoge ya en el seno
el campo su hermosura; el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
al resplandor egeo, ya del día
las horas corta escaso;
ya Éolo al mediodía
soplando espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
del Íbico navega los nublados
y con voz ronca llora;
y, el yugo al cuello atados,
los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
a los estudios nobles; y la fama,
Grial, a la subida
del sacro monte llama,
do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
paso, y la cuesta vence, y solo gana
la cumbre del collado;
y, do más pura mana
la fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si el perdido
error admira el oro, y va sediento
en pos de un bien fingido;
que no así vuela el viento,
cuanto es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
te dicta favorable, que lo antiguo
igual a y pasa el nuevo
estilo; y, caro amigo,
no esperes que podré atener contigo.

Que yo, de un torbellino
traidor acometido y derrocado
del medio del camino
al hondo, el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado.

A FELIPE RUIZ [III]

¿Qué vale cuanto vee,
do nace y do se pone, el sol luciente,
lo que el Indio posee,
lo que da el claro Oriente
con todo lo que afana la vil gente?

El uno, mientras cura
dejar rico descanso a su heredero,
vive en pobreza dura
y perdona al dinero,
y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro, que sediento
anhela al señorío, sirve ciego;
y, por subir su asiento,
abájase a vil ruego
y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
y un cabello de oro se enamora,
compra con mil enojos
una menguada hora,
un gozo breve que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
a sí solo lo pide,
y mira como ajeno
aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
si Éolo su reino turba, ensaña,
el rostro no varía;
y, si la alta montaña
encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
carrasca, en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundille y crece
mayor que de primero; y si porfía
la lucha, más florece,
y firme al suelo invía
al que por vencedor ya se tenía.

Esento a todo cuanto
presume la fortuna, sosegado
está libre de espanto
ante el tirano airado,
de hierro, de crueza y fuego armado.

«-El fuego -dice- enciende;
aguza el hierro crudo, rompe y llega,
y, si me hallares, prende
y da a tu hambre ciega
su cebo deseado, y la sosiega.

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh!, ¿no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón, que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave?

Ahonda más adentro;
desvuelva las entrañas el insano
puñal; penetra al centro.
Mas es trabajo vano:
jamás me alcanzará tu corta mano.

Rompiste mi cadena,
ardiendo por prenderme: al gran consuelo
subido he por tu pena.
Ya suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo».

AL APARTAMIENTO

¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error! ¡Oh deseado,
para reparo cierto
del grave mal pasado,
reposo dulce, alegre, descansado!

Techo pajizo, adonde
jamás hizo morada el enemigo
cuidado, ni se asconde
invidia en rostro amigo,
ni voz perjura, ni mortal testigo.

Sierra que vas al cielo
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir, ardiendo en vivo fuego:

Recíbeme en tu cumbre,
recíbeme, que huyo, perseguido,
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,
la falsa paz, el mal no merecido;
y do está más sereno

el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí malseguro,
mientras el mancillado pecho apuro;
mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco
por todo su proceso
vario, entre gozo vano y caso avieso.

En ti, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asida
costumbre roto el nudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.

De ti, en el mar sujeto
con lástima los ojos inclinando,
contemplaré el aprieto
del miserable bando,
que las saladas ondas va cortando:

El uno, que surgía
alegre ya en el puerto, salteado
de bravo soplo, guía,
en alta mar lanzado,
apenas el navío desarmado;
el otro en la encubierta
peña rompe la nave, que al momento
el hondo pide abierta;
al otro calma el viento;
otro en las bajas sirtes hace asiento;
a otros roba el claro
día, y el corazón, el aguacero,
y ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
otro nadando huye el morir fiero;
esfuerza, opone el pecho;
mas ¿cómo será parte un afligido
que va, el leño dehecho,
de flaca tabla asido,
contra un abismo inmenso embravecido?
¡Ay otra vez, y ciento
otras, seguro puerto deseado!
no me falte tu asiento,
y falte cuanto amado,
cuanto del ciego error es cudiciado.

A DON PEDRO PORTOCARRERO [II]

No siempre es poderosa,
Carrero, la maldad, ni siempre atina
la envidia ponzoñosa,
y la fuerza sin ley que más se empina
al fin la frente inclina;
que quien se opone al cielo,
cuando más alto sube, viene al suelo:
testigo es manifiesto
el parto de la Tierra malosado,
que, cuando tuvo puesto
un monte encima de otro y levantado,
al hondo derrocado,
sin esperanza gime
debajo su edificio que le oprime.

Si ya la niebla fría
al rayo que amanece odiosa ofende
y contra el claro día
las alas escurísimas estiende,
no alcanza lo que emprende,
al fin y desaparece
y el sol puro en el cielo resplandece,
no pudo ser vencida
—ni lo será jamás— ni la llaneza,
ni la inocente vida,
ni la fe sin error, ni la pureza,
por más que la fiereza
del tigre ciña un lado
y el otro el basilisco emponzoñado.

Por más que se conjuren
el odio y el poder y el falso engaño,
—y ciegos de ira apuren
lo propio y lo diverso, ajeno, extraño—,
jamás le harán daño:
antes —cual fino oro
recobra del crisol nuevo tesoro—,
el ánimo constante,
—armado de verdad— mil aceradas,
mil puntas de diamante
embota y enflaquece —y desplegadas
las fuerzas encerradas—
sobre el opuesto bando
con poderoso pie se ensalza hollando.

Y con cien voces suena
la Fama, que a la sierpe, al tigre fiero
—vencidos— los condena
a daño no jamás perecedero;
y con vuelo ligero
veniendo la Vitoria
corona al vencedor de gozo y gloria.

CONTRA UN JUEZ AVARO

Aunque en ricos montones
levantes el cautivo, inútil oro;
y aunque tus posesiones
mejores con ajeno daño y lloro;
y aunque, cruel tirano,
oprimas la verdad, y tu avaricia,
cerrada en nombre vano,
convierta en compra y venta la justicia;
aunque engañes los ojos
del mundo a quien adoras: no, por tanto,
no nacerán abrojos
agudos en tu alma, ni el espanto
no velará en tu lecho;
ni huirás la cuita y agonía
del último despecho;
ni la esperanza buena en compañía
del gozo tus umbrales
penetrará jamás; ni la Meguera,
con llamas infernales,
con serpentino azote la alta y fiera
y diestra mano armada,
saldrá de tu aposento sola un hora;
y ni tendrás clavada
la rueda, aunque más puedas, voladora
del tiempo hambriento y crudo,
que viene, con la muerte conjurado,
a dejarte desnudo
del oro y cuanto tienes más amado.
Y quedarás sumido
en males no finibles y en olvido.

A DON PEDRO PORTOCARRERO [III]

La cana y alta cumbre
de Ilíberi, clarísimo Carrero,
contiene en sí tu lumbré
ya casi un siglo entero,
y mucho en demasía
detiene nuestro gozo y alegría:
los gozos, que el deseo
figura ya en tu vuelta y determina;
a do vendrá el Lico,
y de la Caballina
fuente la moradora,
y Apolo con la cítara cantora.

Bien eres generoso
pimpollo de ilustrísimos mayores;
mas esto, aunque glorioso,
son títulos menores;
que tú, por ti venciendo,
a par de las estrellas vas luciendo.

Y juntas en tu pecho
una suma de bienes peregrinos,
por donde con derecho
nos colmas de divinos
gozos con tu presencia,
y de cuidados tristes con tu ausencia.

Porque te has salteado
en medio de la paz la cruda guerra,
que agora el Marte airado
despierta en la alta sierra,
lanzando rabia y sañas
en las infieles bárbaras entrañas.

Do mete a sangre y fuego
mil pueblos el morisco descreído,
a quien ya perdón ciego
hubimos concedido,
a quien en santo baño
teñimos para nuestro mayor daño;
para que el nombre amigo
—¡ay, piedad crüel!— desconociese
el ánimo enemigo
y así más ofendiese;
mas tal es la fortuna
que no sabe durar en cosa alguna.

Ansí la luz, que agora
serena relucía, con nublados
veréis negra a deshora,
y los vientos alados
amontonando luego
nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Más tú aquí solamente
temes del claro Alfonso, que inducido
de la virtud ardiente
del pecho no vencido,
por lo más peligroso
se lanza discurriendo vitorioso.

Como en la ardiente arena
el líbico león las cabras sigue,
las haces desordena
y rompe y las persigue
armado relumbrando,
la vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él, solo y traspasado
con flecha ponzoñosa,
sostuvo denodado,
y convirtió en huida
mil banderas de gente descreída.

Mas, sobre todo, cuando
los dientes de la muerte agudos, fiera,
apenas declinando,
alzó nueva bandera,
mostró bien claramente
del valor no vencible lo excelente.

Él, pues, relumbre claro
sobre sus claros padres; más tú en tanto,
dechado de bien raro,
abraza el ocio santo;
que mucho son mejores
los frutos de la paz, y muy mayores.

A LA SALIDA DE LA CÁRCEL

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con solo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso.



Colección Eternos, I

EDICIÓN NO VENAL

Abril de 2018

© de esta selección y edición:

Oficina del VIII Centenario Salamanca 2018
de la Universidad de Salamanca

Depósito Legal: S 132-2018

Impresión y encuadernación:
Gráficas Selles S. L.

Hecho en la UE - Made in UE